

JUANA MELENDEZ DE ESPINOSA

4

POR EL TIEMPO Y UN
PAJARO

PROLOGO DE
ANTONIO CASTRO LEAL



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE
SAN LUIS POTOSI

1 9 6 5

POR EL TIEMPO
Y UN PAJARO

Obras de la autora:

Río sin orillas. Poesía. Con el perfil de *Estilo...* San Luis Potosí, 1954.

En el cauce del sueño. Poemas. Con el perfil de *Estilo...* San Luis Potosí, 1957.

Poemas. Instituto Potosino de Bellas Artes. San Luis Potosí, 1959. Selección de los dos libros anteriores, con un poema nuevo.

Voces del hombre. Poesías. Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 1961.

JUANA MELENDEZ DE ESPINOSA

POR EL TIEMPO Y UN
PAJARO

PROLOGO DE
ANTONIO CASTRO LEAL

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE
SAN LUIS POTOSI

1 9 6 5

Viñeta de Luis Chessal

EDITORIAL UNIVERSITARIA POTOSINA

PROLOGO

La excelencia de la poesía femenina tiene en México una larga tradición. Nuestro primer gran poeta fue una mujer, Sor Juana Inés de la Cruz. Y nunca en nuestra lírica había tenido la mujer una representación tan importante como en los actuales momentos. A ese coro, ya ilustre, de nuevas voces femeninas pertenece la poetisa potosina Juana Meléndez de Espinosa.

Principió con Río sin orillas (1954): diecisiete composiciones, entre las que había catorce sonetos, primeros bosquejos de la arquitectura de esta forma, iluminada por elocuentes aciertos parciales. Vino después En el cauce del sueño (1957) que significó un notable progreso sobre el libro anterior. Cauce de tibia hondura, tiniebla transparente que arrullan jacintos y claveles, donde el viento modela suspiros, y el corazón, enredado en las raíces del amanecer, se levanta —desnudo de hojas— en el hueco de unas alas. Pero para el poeta ¿no es toda la vida un sueño? En el amargo cauce de la vigilia ¿no hay un fondo de irrealidad, en que

la voz interior es una instancia y el aire un espejo que murmura? Y los ecos de la infancia con que la vida se arrulla ¿no son como un ruido de sueños?

Pero para la poetisa, iluminada y sensitiva, palpitan también los peligros modernos y las angustias de siempre, ante los que el hombre es simplemente, como lo dice en un verso admirable

guardián de la amargura de los mares.

¿A qué playa acogerse, a qué jardín? ¿Huir, como en el sueño, sin avanzar y quedar prendido a los fondos submarinos? Ese sueño lúcido, tembloroso de goces e inquietudes, desemboca al despertar, en nuevos temores y angustias, porque en nuestra época (¿y no ha sido siempre lo mismo?) se huye nada más para caer en la oscuridad de la muerte.

El libro contiene, además, un "Paisaje" en memoria de Manuel José Othón, compuesto de decoraciones florales, rumores de aguas, perspectivas de bosques, pautados vientos y temblores del alma atónita y dolida; así como algunas composiciones de arte menor con notas de poesía tradicional popular, y una, "Rondas de la muerte", cuya filosofía desencantada podría resumirse en estos tres versos:

Hoy, mañana ¿qué importa?
Es tan fácil amontonar el polvo
en la cumbre del viento...

Su tercer libro, Voces del hombre (1961), supera a los anteriores. Se abre con un "Canto del camino", lamentación de la raza indígena, que va con ese "andar descalzo

que aprendió a caminar para la muerte, cruzando por la noche, sombra errante"; ese "pueblo sencillo como el llanto", para el que "todo a su alrededor es cal y sombra dura", donde "la soledad estéril suelta su vaho sobre el hijo, que crece en el llover muriendo de un cielo congelado". ¿Y de dónde esperar la redención?

Haz, tierra, que te nazca el árbol
con la corteza ronca como un grito
y las raíces donde canta el agua
para que ascienda en júbilo el follaje
y cada punta de hoja
haga escuchar su coro de latidos.

La poetisa siente el mundo, se funde con él y por una especie de adivinación comparte el palpitar del grano que germina, la lozanía del árbol, el temblor de las flores al viento y

sobre el jardín del tiempo
la divina aventura de estar vivo.

Pero el mundo tiene también cosas "miserables y sordas", que siembran la noche, que "derriban la casa que construimos con minutos tiernos", y esa impresión de angustia ensombrece los deleites y los goces.

¡Qué afán continuo de vaciar la vida!
Y uno no sabe si lo oscuro
empieza dentro o fuera de las cosas,
esas que están aquí en años enemigos,
abiertas como llagas que denuncian

lo podrido de nosotros mismos.
Y es como llevar un infierno en las entrañas,
sentir una sombra dentro de los huesos
que nos conduce cada instante
al reino de los muertos.
Y duele, eso es todo, duele...

Hay en todo el libro ese drama punzante, en el que la poetisa, con una fe consciente, que a veces recuerda la más fina cortesía potosina, quiere, primero, celebrar las glorias y las bellezas del mundo, para, después, ir señalando lo angustioso, sucio y percedero, con un acento que tiene más de temblor de confidencia que de lamentación y arrebató, como si fuera un secreto la maldad del mundo. Y su voz es una de las voces elegiacas, más desgarradoras en su estoica modulación, de la poesía femenina de México y de Hispanomérica. Su vivir es, como ella dice, "un vivir penando"; pero a veces se rebela y la queja tiene entonces acentos de imprecación:

Yo que quise latir entre trigales
con el color dichoso del granado
y cintilar aromas musicales:

húmeda por los llantos a porfía
y en infierno de angustia amurallado
seguiré oliendo a lodo y agonía.

Y, sin embargo, el último mensaje del libro es de confianza en lo que nos reserva la vida; en ese alguien que "llama al carozón en desvelo y que viene desde los solitarios campos de los sueños". Y el gusto de la misión que te-

nemos que cumplir, a pesar de todas las angustias: "sembrar el árbol, todos los árboles del mundo, y dejar al hijo una vereda que descubra la tierra y el camino del hombre".

En este nuevo libro, que tiene en sus manos el lector, la poesía se ha enriquecido y la poetisa parece más dueña de la vida. Goza, como siempre, del mundo, que ofrece tantas alegrías, desde el cielo hasta la tierra.

Esta es mi tierra...

*El hilo de su aliento a mi carne se ata
y lo vivo por dentro, desoladoramente mío,*

como vivo este ancho silencio

que se agarra 'a mis huesos y martilla mi entraña.

Mi movimiento es de árbol, tierra mía...

Siente el mundo en su cuerpo, a través de su cuerpo, en una especie de panteísmo más sensitivo que intelectual, desde los antiguos cauces del sueño hasta el esplendor del día, los árboles, las flores, los ríos, "los lagos tristes que se encienden en el aire", los fulgores nocturnos y la

luna de jade, piedra preciosa, ornamento de sombras.

Pero no pierde nunca la lucidez para saber que no todo es esplendor y belleza, para darse cuenta de lo que se pierde en la tierra, lo que decae y se pudre, incapaz de vuelo y redención. Y en ese mundo de ciudades desoladas, "dormidas sobre desperdicios", estamos nosotros, víctimas de la vida y de nosotros mismos, mortales cuya descripción hace

*la poetisa con una de las imágenes más dolorosas y amargas
que puedan encontrarse en nuestra poesía moderna:*

No hay nada sino nosotros
atisbando por la cerradura del pecho
como se agusana un ángel muerto.

*Pero de ese triste destino de la podredumbre la única
salvación es el fuego, porque*

Somos
materia hospitalaria de la llama...

• • • • •
Ardiendo, ardiendo
hasta que esta carne mortal se nos transforme
en fuego solitario.

Y también alejarnos de la tierra, perdernos en el aire, volar

Hacia el cristal altísimo del día

• • • • •
Hacia arriba desde esta tierra entera...
subiendo, torneando, hurgando, vibrantes
como abejas hacia el olor nupcial del aire.

*Sin olvidar que nos redime la misión que tenemos que cum-
plir a nuestro paso por la tierra, porque*

a este llano se viene a sembrar
y los que amamos la vida
sólo sabemos del fruto.

Pero a pesar de todos los encantos, los goces y los amores, mucho tenemos que perdonarle a la vida y habrá que resignarse a ella mientras estamos aquí —huéspedes grises de un mundo oscuro—y prepararnos a dejarla, como quien va a entrar en la laxitud del sueño:

Ahora que los vientos pesan
como una condenación de infierno;
ahora que estoy lúcida
como para morir
¿qué han de hacer estos ojos míos
sino tomarle gusto al sueño?

Poetisa en constante ascensión, señora de las palabras sencillas con que ha sabido dar nuevos y temblorosos perfis a la poesía, espíritu lleno de nobles inquietudes, al mismo tiempo desencantado y amoroso en su fe, Juana Meléndez de Espinosa es uno de los astros mayores de la poesía femenina de México.

ANTONIO CASTRO LEAL

CRÓNICA DE AMANTES

A Santiago

1

Venimos.

Los cuerpos son nuestras llegadas.

¿Será cierto que un fuego primitivo
debajo de la piel nos tiembla?

Y si tal.

esa legada hoguera

¿será parte de la luz que contemplamos?

El cielo es luminoso y terso a través del cuerpo.

Los vientos que encienden los astros
soplan en mi sangre
y nada hay que arda con más fuerza
que esa energía del cosmos en mí presa.
Fuego o esencia, en mi raíz —fresa de lumbres—,
Llama que fulgura mi piel de bosque
y abre un camino de pájaros.

Y vamos con voluntad de arder enteros
para encontrar eco a la luz
que opera en los sentidos.
Pues ¿cómo podríamos vivir sin esa música que inspira
el paso de la danza?

Vamos. Pero, ¡ay!, amor,
lo que de verdad llevo conmigo
siempre está en trance de mudanza,
y en el vidrio de mi clima, esa mirada que soy,
sufre la refracción de eso que ya no soy.

Somos
materia hospitalaria de la llama.
El aire nos domina.

Estamos frente al viento, amor, estamos
ante su crueldad devoradora;
y nos vamos quemando, consumiendo
desde el hueso en que estamos erguidos,
desde el eco de mi boca en tu boca,
desde el suspiro largo que dilata
el vaso de cristal de lluvia.
desde allí, donde intocados y precisos
hemos querido ser una mañana.

Ardiendo, ardiendo hasta exhalar el tizne
de estambres amarillos,
hasta que esta carne mortal se nos transforme
en fuego solitario.

¿Qué haré, amor, sin la memoria que te voy dando?
 ¿Qué haré sin eso nuestro que arrebatan los días?
 ¿Qué haré para arrancar de nuevo
 el esplendor del movimiento puro
 anunciador de astros?

Mira a tu alrededor,
 Frondas oscuras, palpitantes,
 pues eso que llaman luz siempre proyecta
 lo que está en la extensión
 de una sombra a otra sombra más vasta.

Y tú y yo aquí, ^{subiendo} subiendo hacia la noche,
 Sólo el coraje de ser en la humedad del corazón
 nos salva de no perder la llama
 en la sombra de los bosques de mitos.

No sé dónde los ángeles nupciales
guardan los lirios de la sangre. No sé.

A este llano se viene a sembrar
y los que amamos la vida
sólo sabemos del fruto.
Y es bastante poder decir: el trigo está maduro.
Compartir un pan, o con las manos enlazadas
dar lo más dulce acaso: compañía,
fruta simple del humano huerto.

Mayor proximidad, menos distancia,
más vida, menos muerte.
Convencernos de que estamos aquí,
donde no es un reposo atravesar el tiempo
sin el fragante don que se nos niega.

Solos llegamos y nos vamos solos.
La noche insiste.

Mientras,
atravesando el laberinto,
desprendiendo cortezas, esquivando tormentas,
tapando grietas de dolor y de silencio.
Pues, ¡cómo olvidar este paraje
donde las hambres saltan y saltan
sin alcanzar sol que las nutra!

Mas no es la noche, no es la soledad,
la tempestad o el silencio
lo que mis labios descubren que me espina.
Es el fuego que no aprende a flamear la ternura.

La luz, siempre la luz, armonía
que en nuestra carne concierta los reflejos.

Cuestión de cuerdas, nervaduras
afinadas por el roce de las manos.

Así, si te miro, si te toco,
los ojos y las manos sabrán luego
dónde se renueva un eco de soles,
dónde los ojos crean sueños claros,
dónde el amor vuelve a ser niño.
Un saber qué es lo que es
una primavera en el alma.

1964

CABALLO AZUL DE LUZ

Ahora que la noche de largas dunas y roja fiebre
guarda en sus cofres la luz de las cosas,
ahora que no hay sitio donde poner la vida,
ahora que las bestias aguzan sus garras,
ahora que soy testigo de tantas nocturnidades
quemo la sal de mi garganta para afirmar el fuego
de mi máquina pura que sostiene el hechizo
de un caballo azul de luz.

Piafa ardiente cuando nadie duerme
y su húmeda piel huele a corazón mordido.
Salta, vuela sobre el herraje de mi sangre
levantando pájaros y perfumes con cascos tan suaves
como un ala en los labios.

Y hay algo más que un simple juego
en esta pequeña dosis de vuelo.

Vamos, caballo, se trata de vivir. Avanza,

relincha, salpica con tus bellfos lunados,
agua cálida y limpia, donde sumerja yo el grito
como un dios ahogado.

Acompáñame, acompáñote.
No hay dolor, no hay lágrimas, no.
No en el resuello de tu aliento de llama,
caballo azul de luz.

1963

ESTE AIRE

Me pregunto si este aire
que levanta aquí su torso
aunque el cielo tenga nubes claras,
este aire que muerde sin distinción posible
sueño o guijarros
¿será el mismo en todas partes?

¡Ah!, este aire denso, viejo, enorme,
que me duele del alma a los cabellos
¿será por siempre?

Mucho escombros, muchos muros,
calles que a piedra respiran
y ni un árbol de médula potente.

No hay bosque de cálidas ramas,
no hay cuchillo ni palabras.

No hay nada sino nosotros
atisbando por la cerradura del pecho
como se agusana un ángel muerto.

1964

NOCTURNO

Con tantos desgarrones y crepúsculos caídos
cuando ahora una sombra total cubre la tierra,
yo, que busco caminos,
no parezco existir sino soñando.

Pero se tiene que andar,
saber para qué sirve una colina,
tener amigos en los surcos,
saludar y preguntar: ¿qué dice el viento?

¿El viento?...
Mira impasible caminar mi suerte
y los párpados sienten
desde temprano que se arrugan.

Es dura la renuncia de los ojos
y terrible la sombra que nos cae encima
para hacernos dormir en cualquier parte.

CIUDAD

Ancha de nube y piedra
con olor a humedad de los ojos del mundo.

He visto el sol morder tus techos
y deshacerse luego, río abajo,
en las piedras quemadas que alimentan
humilladora oscuridad.

El tiempo se detiene en viejas calles
por donde pasan millones de cabezas,
grises como el miedo,
negras como el odio.
Bocas en fila rugen, claman o esperan
mientras las manos hilan angustias o miseria.

Es la hora de la anohecida, y tiemblo...

Ciudad, fría de cirios y campanas,

ciudad para vender canciones
de oscuridad callada.
Cantas, multiplicando iglesias
donde le hunden a Cristo clavos en el pēcho.
Lloras, agua clavada por cuatro espadas.

Ciudad de piedra y trecho escaso;
ciudad de rincones miserables
donde los labios maceran antiguos venenos;
ciudad tapiada de resbalosas sombras,
¿qué esperas?... ¿qué sueñas?...

Sale la luna, un perro ladra...
Triste es la luna, como un niño solo.
Crece la noche años, siglos de negror,
sin tiempo ni espacio para el día.

Ciudad bajo un cielo lisiado,
dormida sobre los desperdicios
que deja al paso la costumbre de historia.

Ciudad cubierta por un polvo de odio.
Oye el huracán de sollozos,
despierta y mira.
La soledad clamando en las esquinas
busca ansiosa perdida calle de amor.

1962

EN LA ESPIRAL DEL SUEÑO

I

¡Este audaz caminar entre fracasos
que no lo mueva el aire de la sangre!
Esta ansiedad de cúspides en claridades
que me afila nostalgias y me enciende clamores
¿cuándo podré saciarla?

Yo voy tras una luz lejana
y avanzo por los campos cerrados
como un embrión que trata de romper su cáscara.

Juraría que mi sangre pesa...
¡Oh, carne mía que se dobla como árbol de tormenta!
Mas si me paro, el viento me lleva lejos,
y si me elevo caigo vencida
porque estoy limitada
y no acaba mi largo caminar.

Y avanzo sin poder detenerme.
pues tengo un compromiso con todo lo que existe
para que el día que venga yo pueda aún vivir.

II

Voy a pie por la calle con un viento que azota;
los ojos de la noche saltan como caballos de lumbre.
Aire de estiércol se desprende, aire del mundo, aire del
[tiempo.

Prosigo, hacia la orilla del mar,
a ver qué brisa o qué concha
suelta un jazmín o una perla.

A veces me paro para ver al que pasa,
quisiera detenerlo y decirle dignamente:
"Hermano, hay que herir, o matar a las bestias
de ojos voraces e impasibles
que alimentan ambición y lujuria.
Sus miradas se destrozan con amor,
el amor traslada siempre..."

Pero ¿quién soy yo?
Quizá no le importen mis palabras y ría,

o huya de mi lado
porque mi corazón
tiene olor a lumbre.

Pasan, pasan como sombras piedras,
yo me quedo formando pobres adioses.

III

Estamos solos, estamos tristes;
somos el animal destronado.
Pero yo no puedo querer sino esa luz.
La busco a tientas
y en vano palpo las espirales hoy petrificadas.

Desespero, mi vida se extravía
en la tendida oscuridad que ignora
la materia de luz.
¿Por qué siempre mis ojos se ponen en camino?
¿Por qué no puedo querer sino la luz
de un alba engañadora?

Tanto traspiés y yo no entiendo nada
de esta naturaleza que me tiene
el goce en grito de un futuro que me llama.

Irrisorio es mi viaje.
Soy nada.

No puedo ser sino nada;
pero tengo en espiral un sueño
que teje una y otra caminata,
siempre en memoria de una infancia.

¿Qué importa pues que me lleve
hacia otra aurora falsa?...

1962

¿QUIEN?...

1

Sucede que estoy a la intemperie,
que me canso de ver los páramos vacíos
como camas tendidas para pobres durmientes.

Sucede que no hay caminos
ni oficio de jornaleros.
Nadie levanta un jardín en la tarde,
ni encuentra manos en las manos
para la carga estremecida de brisa y pájaros.

Esto es lo que vivo, que vivimos,
y por eso es que les cuento y los invito
a hacer el viaje por alado tiempo
que alcanza los prodigios.
¿Quién quiere hacer un viaje de argonautas?

¡Qué débil es mi voz entre el estruendo de los días!
Aquí estoy con mi nave varada en arena humana,
esperando, esperando bajo lluvias y vientos,
mientras me nublo, me retuerzo y me desgañito
repitiendo como disco rayado: ¿quién... quién?...

¿A qué quedarme pues, aquí entre ustedes,
si impávidos escuchan esta voz que los llama?

Me digo que es inútil,
que estoy hecha una tonta gritando para nadie.
Mejor sería callarme,
dejar atrás tirado, ensombrecido,
el peso del silencio,
olvidarme del oficio.

Pero no puedo negar la voz que brota estremecida
de mi raíz más honda,
ni renunciar al mar que me llega hasta la sangre.

Alguien ató mis fibras palpitantes
a hombres y mujeres,
y con ellos bogar debo.
Por eso, de pie sobre esta piedra,
seguiré gritando que os invito
a vivir un episodio de argonautas.
¿Quién. quién?...

1963

MI CORAZON

Mi corazón de toro y de paloma.
mi corazón de arcilla y rosa,
mi corazón limón y caña.
Mi corazón tazón de soles.
jugo de pájaros, ritmo del agua
mi corazón, mi corazón en son.

Asciende, desciende, trabaja,
combate, avanza, me empuja,
devora mi carne, se aferra al sexo,
mi corazón, mi corazón, pulso del Cosmos.

Luz de niño, lloro de niño, deseo, grito.
Crito que asciende de mi centro a tu centro,
mi corazón, mi corazón en son.

JUEGO DE LUNAS

Por ríos: barcas, peces, arenas, guijarros, hierbas.
En la charca de los ojos: lunas.
Lunas y medias lunas en coro de colores.

Lunas blancas, rojas, azules y amarillas
para todo apetito y linaje de misterios.
Luna, lámpara cristal, campánula llama,
resonancia que estalla por túneles de zafiro.
Luna enrastrajada, mordida de luceros,
tamboril que se argenta sobre el césped tarde.
Luna sudor de estrellas, fulgor canto de cigarras
para el verano de las piedras.
Luna cuajada celeste, chorro de nevaduras,
sonámbula alberca de aguas encantadas
para llenar el cubo donde Platero bebe.
Luna de jade, piedra preciosa, ornamento de sombras.
Lunas plumadas enluciendo arenas
para éxtasis de rocas.

Caminan, me persiguen, se adelantan al tiempo
y en un húmedo azul se detienen vibrantes,
enracimadas y redondas,
como menudos rocíos, como pájaros, como ardores.

1963

ENTRE FUNEBRES TRIGOS

I

Lagos tristes se encienden en el aire...

No es el primer espacio que recorro,
aquí estuve ayer, en las piedras de ayer.
Esta tierra es mía.
En ella tengo estirpe y a ella suena mi barro.
No en vano mi corazón —cuerpo fluvial—
se pega a la redonda arena
de sus charcos de lluvia y sus llanos de hierba.

Lagos tristes se encienden en el aire...

Yo sé de dónde vengo.
Y aquí estoy, en donde estamos todos.
Aventados.
Rodando en la piel de cada siglo.
Quemados por la sal de lágrimas enajenadas.

Aquí el fragor del oleaje, los escalofríos,
la confusión frenando, atascando los pasos,
y los traidores vientos que arrebatan la semilla
y engendran la miseria.

Lagos tristes se encienden en el aire...

Puedo hablar de ese aire
que oprime los párpados entre fúnebres trigos,
puedo hablar...
Porque aquí tengo sonidos vivos
de árboles con raíces enlazadas
al dolor de los pueblos y esperanzas del hombre.

II

Arboles, flores, ríos.
Flautas que ^{migan} apagan sus sonidos
cuando la tarde va apagándose
mientras la tierra, bola negra,
rueda por los aires y arde
la carne vegetal.

Y aquí estoy.
Aquí estamos en este mundo ciego tuyo y mío.
Mundo que no es para conquistas
sino para quien nace y cobra espacio
abrazado al destino que nos cumple.

Y decir hombre es sentirse camino,
ala, mar y nube.
Abrirse la carne en ventanales
y saber por qué rumbo la luz ofrece racimos.
Es llorar de rodillas y tocar cada puerta.
Estar desnudo y resistir

los embates del mar desde el alma.
Y vestir de ceniza de polvo simplemente.

Arboles, flores, ríos.
Yo ruedo por los aires y arde
la carne vegetal de una sola criatura padecida.

III

Esta es mi tierra, quizá mi mundo, quizá mi río.
El hilo de su aliento a mi carne se ata
y lo vivo por dentro, desoladoramente mío,
como vivo este ancho silencio
que se agarra a mis huesos y martilla mi entraña.

Por su cauce las hojas olvidadas.

Los traspasados en lanzas y heroísmos
a la mitad del sueño;
los que tienen pegado el vientre al hueso,
los marchitos como hojas solitarias,
lentas vegetaciones con olor a lágrimas.
Todos, míos en mí, en mi más pura hondura,
hasta donde desciendo con los ojos de espanto.



V

Limpia está la colina, con el rostro de siempre.
Me detengo. Gozo de una hora sensitiva.

Completa.

En campo que divisan ventanas en la sombra,
granos viajando en el plumón de las mieses,
lluvia disuelta
en las hojas.

Me detengo. Ojos niños.
Y en la orilla de los ríos árboles parejos
infinitos de luces,
amplitud firmamento para el hombre.

Entonces,
entre el silencio verde
mi cuello alargo, mi pecho se hincha
y lanzo una nota universo
para el hombre.

¡Oh dulce imagen, invádeme la sangre
para encontrarme al fin, para encontrarte
íntegro, firme barro ennoblecido!

Hoy que tengo un sol y un octubre
cayendo a centro puro,
sé, tierra, que estoy en ti iluminándome.

1962

POR EL TIEMPO Y UN PAJARO

I

Vienes. por azules volando...

Voy a tu encuentro
con esta ánima que me lleva
como un río desbordado;
con arteria que me abre camino de amapolas;
con lo que toco y lo que espero
pueda alcanzar mi mano todavía;
con todo, con todo lo que obliga
mi humana profesión.

Vienes...

Lo digo yo desde el silencio mío,
y pongo mi esperanza en suavidad de barca.
Lo digo yo, que estoy detrás de cada cosa
esperando que se abran como flores sus puertas.
Lo digo yo, una voz que reclama
renovada materia

para el huerto de amor y abejas matinales.
Lo digo yo,
que soy quien te descubre.

2

Mis labios con sed de viaje
lanzan sus voces con peso de aves,
alas premiosas de alcanzar el nuevo aire.

Hacia arriba, desde esta tierra entera
—pequeña soledad de barro tierno—.
Subiendo, torneando, hurgando vibrantes
como abejas hacia el olor nupcial del aire.
Y, ordenando la altura, para este vuelo de reina,
mi fósforo desnudo, azul y áureo
metal que me abastece más allá de mi carne.

Mis aves a los astros,
mi sueño en alto sitio,
y el corazón, un pájaro que llama
y se responde.

Sueños: aves tatuadas de viajes sin puerto.
Todo es dormir. ¿soñar acaso?
Los ríos avanzan con arabescos de espuma
y amo de la espuma su temblor de magia.

El viento pasa...
Algo ofrece si se mira.
Estos pequeños ojos saben
que basta un parpadeo
para iluminar la caja de un laúd.
o la boca de una flauta.

¡Oh, intemporal minuto del anhelo!
El día traslada en tus hombros su luz.

Ofertorio de símbolos; figuras.

Digo: mi corazón tiene alas.

Y es decir *Y es como en el aire*
espacio, altura, música, movimiento.

Sangre que puebla ~~los~~ *en silencio* silencios de sonidos.

~~es~~ Sonoro el ~~calor~~ *es un* calor de la flor.

el paso de fantasmas por el pensamiento.

y el llanto que titila ~~en~~ *en* luceros

—luciérnaga de Dios—

Todo está dentro y sin embargo
todo pasa fuera donde *me siento*
~~estoy~~ viva, ~~Estoy~~ *supongo* despierta, y ~~digo~~
~~que esto~~ *es* mi voz, mi palabra y mi grito.

El panorama del mundo, como la lluvia,
me deja una visión desolada.

Bastan unas cuantas letras: *es un velo*
la tarde se va bogando a la deriva.

Esta voz, esta sangre
 que me eleva la carne, que me crece los huesos,
 es una voz en marcha.

El sueño lo repaso caminando
 sin llevar años muertos en mi cuerpo,
 para sentirme más libre, más ligera
 y poder alcanzarte
 luminosa de besos y cabellos
 por el tiempo y un pájaro.

Ya mi voz sube a cumbres hecha trébol,
 te dejaré pacer, ¡oh sol!,
 en esta entraña ya madura.
 Así estará en la aurora de tus dientes puros
 jugosa de tus lumbres.

Ahora son los pasos.
 Ahora son las aves

como volantes flores

renovando su brío.

¡Oh, gran mañana!

En algún sitio el aire se hará joven
y de algún modo estarán las manos enlazadas.

Niño radiante, suena ya tus campanas
para anunciar las nupcias del hombre con el hombre.

¡Oh, alegría de estar conmigo y con otro!

1963

CANTO DE OTOÑO EN PRIMAVERA

A Thelmo Nava

I

Quiero cantar en tu regazo eterno,
cantar ahora cuando llega octubre
con su medida luz que me descubre
el paso caricioso a brisa alterno.

Ya por mis venas canta y tañe tierno
el viento genitor que me recubre
con pájaros que ofician en la ubre
surtidora de miel y pan fraterno.

Cantar de ti, cautiva y soñadora,
en olvido de nieblas la alegría
de encender una hoguera bienhechora.

en la llanura hembra, verde mía,
que a mitad del aroma su piel dora
porque el gallo le canta a mediodía.

II

Vengo del monte a sorprender la vida,
aquí estoy, y la miro frente a frente;
tengo un rostro, un nombre y una fuente
que me tiene la voz empueblecida.

·Hacedme sitio, que ya está crecida
esta verdad que aspiro lentamente,
sé que soy, y me aguarda ya impaciente
el más serio quehacer, el de la vida.

No me preguntes más, si nada yo era;
estoy aquí, en este pecho mío
como en las horas de la edad primera.

Un pez dorado asciende por el río,
bate las olas de la primavera
y el círculo de frutas del estío.

III

Por la tierra sedienta de la espera,
entre redes de sueño y luz dorada,
vengo hasta ti, tan grávida y alada
como una semilla volandera.

Toma mi mano amiga, compañera,
vamos en ronda a urdir, de esta jornada,
con pétalos de sangre sosegada
los tiernos soles de la primavera.

Con el paso sin peso que ya es hora
de volar en espejos la sonrisa
y salvar con altura la demora.

Mano con mano, amor, órbita, cielo,
respiración paloma que desliza
amplia brisa de mirto para el vuelo.

IV

 Mi movimiento es de árbol, tierra mía;
tú eres raíz, mi corazón es planta,
fiel al sol, y a la luna que levanta
algo que está en la sombra todavía

 hacia el cristal altísimo del día
donde el viento se azula y agiganta,
toca la sangre, vibra el alma, y canta
como un bosque dorado a mediodía.

 Alzame, desbordado puño, tira
con fiera mansedumbre, de la rama
que el universo de mi sangre gira.

 Cada jalón será un arroyo, luego
crecido río —plenitud de llama—
derramándose en árboles de fuego.

ELEGIA

A la memoria de Hermelinda Galicia

I

¿En qué vena de piedra estás ahora?
¿En qué bosque de sombra suspendida?
¿En qué oquedad del viento, ya crecida,
tu rosa de ceniza se desflora?

Tú que fuiste como una agua sonora,
¿a qué escarcha o nube confundida,
a qué milagro de la luz nacida,
tu luz recién cortada se incorpora?

Más alta que la noche, más lejana,
aliada ya al misterio de lo umbrío,
yo te busco en el agua, en la campana,

y para verte voy al viento, al río,
a donde el agua con sonido es vuelo
de aves tejiendo a tu medida un cielo.

II

en las tinieblas dispondré mi lecho
Libro de Job

En cima de ciprés la luz se acuesta
y hunde su lengua oscura en alta nieve:
un angel neblinoso cruza leve
por los follajes de la gris floresta.

Luna de escarchas el silencio apresta,
pero la noche muda sólo bebe
un rayo frío. ¡Ay!, mi pozo llueve
y se anega la nada de tu siesta.

Ya en las tinieblas se dispuso lecho
para olvidar la carne lacerada,
y el polvo y la ceniza le hacen techo.

Tú, en palomar de sombra, yo, en el río,
esperando en riberas, angustiada,
el silencio de Dios a pesar mío.

III

Campo de soledad, duro destino
que hinca callado su raíz de sombra,
¡cuánto dolor que a mi dolor asombra!
¡cuánto hueco sin ecos del camino!

Pasan las horas, el amor, el trino,
la nave por el aire que la escombra;
sobre la noche, sobre el tiempo, sombra,
llenando el hondo mar donde me inclino.

¡Ay!, déjame, aquí elegir tu muerte
y llorarte en el agua, en la campana,
donde mi corazón quisiera verte.

Y ¿quién ha de llorarme a mí mañana?
¿Quién sentirá el silbo de mi aliento?
Dirán que fui palabras, polvo, viento...

Semana

DIARIO SIN DOMINGO

LUNES

Canta el agua,
el sol se moja, agita sus ramas
y salpica miel.

Más suave que el polen
la luz salta,
vuela y se posa
en la melena de la hierba.

Las cosas se vuelven luz
y la luz amor.

Pero
envidioso del garbo de oro
el viento...
y de pronto
es de noche.

(Quién construye un puente
sobre todas las obras
de las debilidades.)

MARTES

En la llanura de los cuatro brazos
el crepúsculo ahonda y destaca
viscoso camino rojo.

Tengo martes a montones:
signos negros, polvo humeante,
crónica de mis días,
de las horas en que soy menos rostro
y más aullido.

Este barro parece una vasija agujerada,
y yo aquí, donde el aire mismo
es un ardor de filos.

No hay sueño ni aurora,
sólo el dolor,
el grito que estalla granadas de angustia
sobre la noche ósea.

(Oh, gran origen,
librame de esta sangre cainesca
y cantará mi lengua:
el mundo está bien hecho.)

MIERCOLES

El camino se abre sin retorno.
No hay trenes para el regreso,
ni un órfico laúd.

Un sólo haz de ceniza viaja
desde la sangre coronada en fuego,
árbol ardiendo,
ceniza del abrasamiento.

Oh polvo duradero, espejo.
No cristal ni diamante sino hielo,
escalofrío de la hierba
en vela de palomas ciegas.

El círculo se cierra según lo ordenado
y todo termina.
Mas, ¿no sería mejor decir
que todo queda a medio terminar?

(La culpa es de estos ojos
de miradas tradicionales que me ponen
frente a degradadas verdades.)

JUEVES

Salud.

cimas que se derrumban
en la cintura de un mar agigantado
sin escalas posibles.

Cirios de niebla entonan
un responso de adioses,
cuando el cielo no es azul,
ni plumizo, ni blanco.

¡Oh, dioses, humillados en símbolos!
Os arrojan las olas del día
como un podrido harapo.

Salud, fantasmas
de un mar bello y antiguo
que alzaba su faro
de azul mediterráneo.

Os brindo una copa de agrio vino.
Venid a beberla
en nuestra compañía.

(Un dios vendrá mañana, pero su nombre
será el creado nuevamente por mi alma.
Si eres Amor, acompáñame.
Si conciencia, tú dentro,
siempre.)

VIERNES

Es verdad, diosa, hija del mar,
tu hermosura jamás se velará.

Diosa frutal, casta y voluptuosa,
de noche rubor de estrellas,
de día senos de luz.

Es verdad el espejo que sostiene
la lira de tu mano,
tu mano de arroyo que levanta
pájaros y aromas del mundo.

Es verdad tu beso renovador de savias,
pues eres como sol y lluvia y viento.
Agua que canta, viento que me agita,
fuego que reencarna en esta tierra
donde gozo y sufro.

¡Oh, dominadora,
dueña de los corazones!
Ven a mi playa y rodaremos su arena de oro;
es invierno

y si tu aliento llega a mi alma
florezco.

(Es verdad, es verdad.
Sólo florezco cuando mi cuerpo
coincide con mi alma.)

SABADO

Hemos andado ya muchos caminos
adormeciendo la tierra —nuestra llama—
entre dos sábanas de niebla
y decimos: la noche.
Nada más igual a la muerte
que este irse diluyendo en sombras
con una flor de olvido entre los dientes.

Ya no sabemos en qué lugar
florece las azaleas.
ni qué arenas forman el lecho de los ríos.
ni si el grano de arena es para cimiento
de templos o letrinas.

Tanto año en un fin de semana.
Tanta noche en quieto reloj de escarchas,
paralizado el fruto que no he sabido dar.

Pero la tierra aún hace ruido
como debajo de las fuentes.
como debajo de los frutos.
Crepitaciones.

Dolor de una rama todavía caliente.

Alta fosforescencia
en ondas de esmeralda y oro
para que tú y yo sobre la vida,
para que tú y yo sobre la muerte.

Y nuestros pensamientos se levantan.
Pues sólo existe el momento en que el andar
va abriendo el río
y, extendido en el olor, a fuego,
hoja la mano, el ojo,
los resplandores codiciados que abrillantan
el órgano de mi tórax.

Abajo, arriba,
de sombra a cristal o céfiro.
Ritmo de agua que asciende,
alegría de sol secreto.
Música
en la flauta del hueso que hospedamos.

(Toda tierra es semilla.
El agua viene en la sangre y sube
a la altura del corazón del hombre,
pequeño y dulce fruto
cuya cosecha es la semilla a solas.)

1964

INDICE

Prólogo	5
Crónica de amantes	13
Caballo azul de luz	21
Este aire	23
Nocturno	25
Ciudad	27
En la espiral del sueño	29
¿Quién?...	35
Mi corazón	39
Juego de lunas	41
Entre fúnebres trigos	45
Por el tiempo y un pájaro	51
Canto de otoño en primavera	61
Elegía	67
Diario sin domingo	73

EL SR. LIC. GUILLERMO MEDINA
DE LOS SANTOS, RECTOR DE LA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN
LUIS POTOSÍ, ORDENÓ LA IMPRE-
SIÓN DE ESTE LIBRO A LA EDITORIAL
UNIVERSITARIA POTOSINA, QUE DI-
RIGE EL LIC. JESÚS MEDINA ROME-
RO. SE TERMINÓ EL 5 DE ENERO
DE 1965 Y EL TIRAJE FUE DE 200
EJEMPLARES.

